

*DOS CASOS DE LA NOVELA POLICIACA
MASON Y POIROT: EL BUSCARRUIDOS
Y EL TRANQUILO*

1

UN extraordinario número de personajes políticos, de escritores y artistas, de gente particular, confiesa su afición por el relato policíaco. ¿Qué ocurre con la novela para que el lector posible deje a un lado el relato de alto bordo, y se acomode en el asunto policíaco? Jean Giono dice que quizá sea porque, por lo menos, en la novela policial ocurre algo.

La novela se ha complicado un tanto, hasta el extremo de convertirse, mucho más que ocasionalmente, en un camino sin salida. Igual que una vez llegó a escribirse poesía para poetas, ahora le ha llegado el turno a la novela escrita para novelistas. Lo que ha pasado casi está claro. Se trata de convertir la novela en una ciencia, e igual que los libros de medicina se destinan al médico, y los libros de ingeniería al ingeniero, la novela ha perdido su aliento emocional para la gente de la calle.

Sherlock Holmes, Philo Vance, y una nómina bastante numerosa a través de la insistencia de la colección, cuentan con un número limitado de *casos*, no vamos a penetrar en la contabilidad y sus cifras. Sin embargo, existen dos tipos dispares cuya índole se repite en dos numerosos catálogos firmados por Erle Stanley Gardner y Agatha Christie.



Como tengo acabado de decir, insisto en que trato de Perry Mason y Hércules Poirot a la vez, más que por el parecido por la disparidad. Su trabajo es semejante, pero la manera de conducirse ante él es diferente. No cuenta entre ambos el menor parentesco. Si Perry Mason está, en ocasiones, a punto de ingresar en la novela de aventuras, Hércules Poirot pertenece, con plena ortodoxia, al relato detectivesco. Hay entre ambos algo que también les separa, la edad. En tanto que Poirot queda lejos de la juventud, Perry Mason es un hombre joven. Tal situación, respecto de los años propios, es importante para el asunto, y sus casos. Hércules Poirot es personaje marginal, en tanto que Perry Mason pronto se halla envuelto en el suceso, apresado dentro de la zona del caso.

Hércules Poirot penetra, en la situación atendida, con una vaga suavidad; mientras que Perry Mason lo hace abrumadoramente. Ambos, vuelvo a repetir, forman en un mundo a veces semejante, pero siempre distinto. Resulta casi sorprendente percatarse de las rotundas limitaciones que rodean los temas detectivescos. Todos ellos suelen moverse entre la burguesía acomodada, apenas existe proletariado en su discusión. Que en alguna lejana historia de Sherlock Holmes, llamada aventura, aparezca la realeza, no merma nada de lo dicho. Holmes es un adelantado, y todo adelantado tarda poco en quedarse atrás, en una zona de retaguardia.

El crimen de estos relatos, desde Vance a Wolfe, pongo por penúltimas letras del abecedario, transcurre entre gentes acomodadas. La casa surge en toda su radical importancia como sede del asunto. En ocasiones ganará eficiencia el piso, la limitación. (Quiero abrir un rápido paréntesis, casi expediente, para apuntar la gran colección de relatos policiales de la Universidad de Texas. Y contar que Nicolás Berdiaef fue un asiduo consumidor de estos casos que trato. Hay muchos datos más).

Perry Mason es, con sus propias palabras, un *luchador*. Es más, como si se siguiera la línea del relato de aventuras, se le conoce por el *diabólico* Perry Mason; en tanto que alguien llama a Hércules Poirot *mente tortuosa*. Se trata, pues, de una constante en la novela, la de la presentación de protagonistas irregulares. La actitud del abogado criminalista, Perry Mason, se muestra elocuente cuando dice:



—No olviden una cosa: cuando yo empiezo a luchar nunca pego donde mi adversario espera que le dé.

Más adelante, en el mismo relato, «El caso de gato del portero», insiste sobre la misma cuestión, con parecidas palabras:

—Le he dicho a usted que nunca pego en el sitio que mi adversario espera recibir el puñetazo.

La actitud de Hércules Poirot es otra, y desde la quietud, el detective belga se expresa así en «Cartas sobre la mesa»:

—Reflexiono, reflexiono mucho. Nada de correr de aquí para allá y hacer indagaciones. Eso no cuadra con mi edad, mi temperamento y mi tipo.

En otro caso se nos muestra a Poirot en su apariencia física, desde una zona parcial, pero muy expresiva,

...con su cabeza de forma de huevo reclinada suavemente a un lado, las cejas enarcadas con expresión interrogante, y las puntas de los dedos unidas.

Pero, eso sí, la caracterización del personaje se muestra desde la vanidad, desde el postín, y así ante el crimen llega a reaccionar de esta forma peculiarísima:

—Considero que es una impertinencia el que se cometa un asesinato, ante mis propias narices, por alguien que se burla de mi habilidad para descubrirlo.

La manera de actuación de Perry Mason será rotundamente opuesta. Resulta difícil encontrar a este personaje en quietud. Está siempre en la zona del alboroto y la provocación. Se trata de un tipo movedizo, que no puede estarse quieto. En Hércules Poirot todo es distinto y limitado, sobre



todo el espacio. La existencia de una circunstancia parcialísima y cabal es algo que se da insistentemente en Poirot, como se dio en Philo Vance, y en Nero Wolfe. Hay en «El testigo mudo» un instante en que Poirot habla sobre el detective con el watsoniano Hastings, y le dice su parecer:

—Tiene usted metida en la cabeza la errónea idea de que un detective debe ser un hombre que se ponga barba postiza y se oculte tras un pilar. La barba postiza es un «vieux jeu» y el seguir a la gente es cosa que solamente la llevan a cabo los componentes de las clases más inferiores de nuestra profesión. Hércules Poirot, amigo mío, necesita sólo retrepase en un sillón y pensar.

No es, sin duda, una actitud nueva en el relato policíaco, pero quizá hasta Hércules Poirot no aparece tan decididamente enarbolada. Su enemistad con el disfraz es algo decisivo para la trama de sus casos sucesivos. En cambio, Perry Mason sigue las pistas, casi siempre en automóvil, mientras Poirot no concede a éstas demasiada importancia. Lo que para él cuenta, sobre todo, es la atmósfera en que se ha desenvuelto el crimen. Es algo así como un Maigret de interiores.

Por la misma índole del argumento policíaco no resulta corriente que el autor se pare demasiado en describir su personaje principalísimo. De tarde en tarde aparece súbitamente una frase, casi como escapada, que vale a manera de noticia y de gesto. De esta manera resulta que, en un relato, apenas hallamos un par de referencias que valgan en limpio para entregarnos un atuendo, un ademán o una silueta.

3

¿Qué piensa Hércules Poirot de ese mundo que constituye su tarea? ¿Qué idea tiene Perry Mason del crimen? En algún lugar de sus casos, Mason se explica así con su secretaria, Della Street.

—Si yo me especialicé en criminología, fue exclusivamente porque odiaba el trabajo rutinario.



Como buen héroe de la irregularidad, a Mason le irritaba el hábito. la costumbre. Su pretensión insiste en enfrentarse con su trabajo sin hacer la más ligera concesión a lo sedentario.

—Es lo que más me gusta de mi profesión, que es una verdadera aventura.

Ya Nero Wolfe había dicho que:

—El asesinato es siempre una exageración.

Para dar con una idea, más o menos precisa, de los dos personajes que tratamos de explicar, quizás lo mejor sea escucharles. Hércules Poirot habla con su exégeta Hastings; Perry Mason se dirige a su secretaria, Della Street. Veamos al detective belga en una página de «El testigo mudo», dialogando con su amigo.

—El asesinato es mi ocupación. Soy como un gran cirujano que se especializa, por ejemplo, en apendicitis o en una operación rara. Si un paciente acude a él, le observará desde el punto de vista de su especialidad. ¿Existe alguna razón para creer que este hombre sufre de esto o de aquello?... A mí me ocurre lo mismo, ¿es posible que esto sea un asesinato?

Resulta que la actitud de Poirot surge sobre la sospecha, sobre la suspicacia; en Perry Mason la cuestión ostenta matices distintos, y en «El caso del tartamudo» sus palabras son éstas:

—¡Cómo me encantan los misterios, Della! Odio la rutina. Odio los detalles. Me entusiasma enfrentarme en una lucha de ingenio contra los criminales. Me gusta que la gente me diga mentiras y darme cuenta de que me las dicen. Me gusta oír hablar a la gente, y preguntarme cuánto hay de verdad y cuánto de falso en lo que me dicen. Me gusta la vida



de acción. Me gusta atar cabos, como el que junta las piezas de un rompecabezas.

Hércules Poirot se nos aparece, desde el aspecto, como un personaje ridículo, pero cuyo sentido de la conjetura es capaz de desenvolver el más intrincado misterio. Perry Mason pertenece a la prisa, se mueve de un lado a otro, vertiginosamente, escamoteando testigos, creando situaciones. Quizá sin el automóvil los relatos de Mason serían virtualmente imposibles, la falta de velocidad le desharía por entero. En «El caso del gato del portero», Perry Mason se dirige a uno de los fiscales, y éste le responde con claridad y decisión:

—Yo no soy abogado más que como diversión. Mi verdadera profesión es la de aventurero.

—Es usted mejor detective que abogado. Cuando se concentra en la solución de un crimen, siempre saca la verdad

Estamos en el gran instante de Perry Mason, en el momento del juicio. El jurado le escucha atentamente, los testigos van pasando el interrogatorio. La sala está llena. Estar rodeado de mucha gente es lo que a Mason le importa de veras. Son gentes anónimas. El efectismo de Hércules Poirot tiene otro campo más limitado, una razón puramente social, de salón todo lo más. La actitud de Mason surge en una dirección opuesta, como he apuntado ya. Mason representa, por eso afirma en «El caso del canario cojo»:

—Me gusta trabajar ante el jurado. Mi especialidad son los asesinatos. Me agrada el misterio.

Es en la zona del interrogatorio donde Perry Mason se ofrece en vivo espectáculo, atacando o retrocediendo, con la frase o el hecho a punto, servido por la destreza de Paul Drake. Hércules Poirot, con sus células grises trabajando, confiesa en un instante de desaliento:

—A veces no me gusta mi trabajo.



Las referencias de Mason podemos encontrarlas, por ejemplo, en el hace un instante aludido Paul Drake, que le dice una vez:

—Es usted un cruce entre niño y filósofo; un visionario nada práctico y muy luchador; un chico altruista, un escéptico crédulo.

En su paso por el relato policíaco, por el mundo reincidente de los casos, Mason es un hombre joven, desapacible, enérgico. En cambio, Hércules Poirot está cruzando las horas de la vejez, y hay un diálogo en «Después del funeral», que es pura alusión elocuente.

—Pero suponía que había muerto hace tiempo.

—Pues está bien vivo. No es que sea joven claro.

—No, no puede serlo.

Hay un instante en el tiempo, en su edad, esa propiedad del tiempo, en que Hércules Poirot ha dejado el servicio activo en la policía de su tierra. Ha cruzado al descanso. Un descanso que no es precisamente tregua. Hércules Poirot y su novela reiterada, sus casos, surge a través del ocio. La actividad de Perry Mason aparenta no darse cuenta, insistentemente, del enamoramiento de su secretaria. Pero el éxito le sonríe como un perillito cálido. Se van sucediendo defensas, pesquisas, grandes funciones donde nunca cede el papel repetido de protagonista. Por la sala circula la esperanza de asistir a

la deslumbradora técnica del abogado.

Es un profesionalismo elevado a tal altura que, sin lugar a dudas, apenas puede encontrarse en otro gran tipo de investigador del crimen. Me refiero al doctor Thorndyke, catedrático de Medicina Legal, que siempre me trae a la memoria a Tomás Maestre —un paisano mío— y a Bernard Spilsbury.

Si en la actividad de Mason domina una manera de publicidad, de comentario, de glosa; en el mundo de Hércules Poirot gravita la discreción. Mason actúa en el puro tópico y su complicación, donde el taxi cruza



vertiginoso, y el avión se alquila para aproximarse a Reno, en busca de la chica sospechosa. Poirot se mueve en amplias habitaciones, en casas de campo. El contacto de Perry Mason con su tema surge siempre traumáticamente, en tanto que Poirot cuenta con la cabeza. En «El asesinato de Rogelio Akroyd», una de sus obras más sorprendentes y fundamentales, se apostilla el siguiente diálogo marginal:

—*Ha hablado mucho de células grises del cerebro y de sus funciones. Dice que las suyas son de primera calidad.*

—*No me extraña. La modestia no se cuenta entre sus cualidades.*

4

El tema reincidente de la novela policiaca se manifiesta en una dirección sangrienta. Algo ha pasado violentamente. Entonces se busca al investigador, se le manda llamar. (Hay un tipo exorbitante de estos tranques de conocimiento. Estoy contando a Philo Vance, quien se dirige siempre hacia el caso a través de una situación principal: la del invitado. Véase mi «Philo Vance y el dandismo» en «Cuadernos hispanoamericanos», Noviembre 1963.)

Poirot vive retirado, entreteniéndose quizá en afilar cuidadosamente sus bigotes, que Salvador Dalí copiaría más tarde. Perry Mason está en su despacho, próximo a las pestañas indudables de Della Street. Hércules Poirot, sin embargo, no espera a nadie; aunque le guste que le saquen de su vida apacible, siempre lo hará en los términos del refunfuñeo. Perry Mason cuenta con el cliente, Hércules Poirot no cuenta con el parroquiano. En «El caso de la novia curiosa», la relación de Mason con la gente se cuenta así:

...*los clientes iban a consultarle porque no tenían más remedio. Y no volvían. Por regla general, a un hombre sólo se le detiene una sola vez en su vida. Mason se daba cuenta de que su negocio había de salir de la clientela nueva, más bien que de aque-*



llos a quienes previamente había conseguido salvar. Como resultado, conducía su despacho sin preocuparse de las experiencias ni de las convenciones.

Son dos personajes dispares los que asumen personalmente el título de este ensayo, Perry Mason dice en una ocasión:

—*Mi especialidad son los asesinatos.*

Lo hemos visto en otra página de este ensayo. Y en «La muerte visita al dentista», Hércules Poirot habla así:

—*Creo que matar es un destino imperdonable. Yo no me pongo de parte de nadie, sólo estoy al lado de la verdad.*

Y Perry Mason se expresa reiteradamente de esta manera:

—*Lucho por la justicia.*

Y en otro lugar de este mundo de lances se aclara:

—*Hasta ahora no he defendido a ningún asesino; sólo he defendido a personas a las que se "acusaba" de asesinato.*

Son dos mentalidades opuestas. Poirot se sienta al surgir el caso. Mason se pone en pie al aparecer la cuestión. Los relatos de Perry Mason están repletos de multas por exceso de velocidad, por dirección prohibida, por aparcamiento equivocado, y otras infracciones menores. Hércules Poirot, en «La Señora Mac Ginty ha muerto», se explica así:

—*No puedo, en verdad que no puedo, pasarme el día sentado en una silla, pensando en lo admirable que soy.*

Sí que puede, y si no hay quien se lo cuente, él mismo lo hará, por ejemplo en «Después del funeral», donde insiste:



Yo soy una persona célebre dentro de mi profesión... puedo decir que la más célebre. Y de hecho mis cualidades son inigualables.

En otra parte del mundo, en «Poirot en Egipto», nuestro personaje insiste modestamente:

—Mis amigos opinan que soy terriblemente presuntuoso.

En el pendenciero Perry Mason las cosas son distintas. Porque Poirot, este hombrecillo extraordinario, se presenta en «Después del funeral» con un juicio sin corte, cuya finalidad se precisa decisivamente.

—Las mentalidades sencillas tienen a veces la genialidad de cometer un crimen sin complicaciones, y luego lo dejan en paz. Esperemos que nuestro asesino, si lo hay en este asunto, sea lo bastante inteligente, superior y satisfecho de sí mismo como para no poder dormirse sobre los laureles.

De esta forma, y sus desplantes, replantea Hércules Poirot el elemento cardinal de esta manera de contar. Se trata del asesino y de su insistencia. Pero la versión que entrega Perry Mason en tal ocasión, respecto del asesino, parece ser otra. Basta con acercarse a la zona de la comparación.

—Opino que la gente imaginativa simpatiza con los sufrimientos de los demás, porque es capaz de visualizar esos sufrimientos con mayor claridad. Una persona sin imaginación, en cambio, no puede imaginarse en los zapatos del otro. Por tanto, ve la vida únicamente desde el ángulo de su egoísmo. Los homicidas son, con frecuencia, astutos; pero rara vez originales.

Estas palabras de Perry Mason nos llegan desde un relato titulado «El caso del canario cojo». Ya no se trata del caso personal. En cualquier manera sangrienta, lo que lo ha ocurrido tiene su arranque desde otra oca-



sión anterior. La muerte llega a través de una relación personal más o menos mediata. Y es Hércules Poirot, el hombre que puede oírlo todo, quien en «Poirot en Egipto», habla de esta manera:

—En efecto, no se puede volver al pasado. Hay que aceptar las cosas tal como son... Pero... de esto se deduce también algo... «Hay que resignarse a sufrir las consecuencias de las acciones pasadas».

Téngase en cuenta que, en un determinado instante, el pasado llega a tomar calidad de presente agresivo. Toda cuestión de relato policíaco es así. No es un atropello, sino una decisión. Puede que no llegue a premeditarse, pero en el pecho de alguien cuenta ya una resolución de ataque.

Quizá el mundo de Perry Mason pueda resultar, en ocasiones, más superficial que el mundo de Hércules Poirot. Quizá ocurra tal cosa porque es un mundo más rápido, más agitado. Pero no puede negarse que Della Street es un bello acierto como personaje interesante. Hay en el mundo del abogado excesivas avenidas, demasiados aeropuertos. Y mientras, el detective belga cruza una zona sosegada, donde las obstinaciones más crueles se ocultan tras una fina urbanidad.

Mason y Poirot son dos extremos, dos esquinas de un género circunstancial, pero valioso. Cada uno de estos dos personajes se nos muestra como formas expresivas radicales dentro de esta manera de contar que es el relato policíaco. El ademán de ambos es distinto, pero la dirección es la misma de siempre.

